

Retrato de un escritor cubano

Entrevista a Félix Pita Rodríguez

El día de su octagésimo cumpleaños, Félix Pita (Bejucal, 1909-La Habana, 1990) certificaba plenamente un párrafo de Aquiles Serdán 18, el relato autobiográfico que recupera su estancia en Veracruz en 1929: "Yo no soy un hombre invencionero, de esos que tiran un manotazo al aire y del aire mismo y con aire como materia prima te construyen un hombre que no ha estado antes en parte alguna. No señor. Esas cosas de las que al hablar de ellas se dice: 'como por arte de magia', no están entre las que pueden ser hijas de mis capacidades. De mago no tengo hueso ni piel. Yo ando por esas calles de dios o del diablo, entre la gente que nació de un padre y de una madre, y no de un manotazo en el aire, y encuentro. Fíjense bien: encuentro, me topo con lo que está ahí y lo veo. Aquí, en el tornillo con su tuerca de estas dos palabras: lo veo, es donde está el eje de la verdad que parece magia inventadora".

Sus primeros poemas aparecieron en los años veinte; de espíritu vanguardista y viajero de cepa marcopoliana, Félix Pita obtiene en 1946 el Premio Internacional Hernández Catá. "La cuestión", escribe en Aquiles Serdán 18 marcando un método de escritura y de vida, "no está en andar por ahí con los ojos muy abiertos, queriendo beberse al mundo con todo lo que tiene encima a fuerza de mirarlo, no. La cuestión está en encontrar, o en saber encontrar. Y por ahí debe andar la diferencia entre mirar y ver. Y por ahí también, como una carambola por tres bandas, la diferencia entre buscar y encontrar."

Testigo de los más decisivos momentos de la Cuba revolucionaria, Félix Pita celebraba el 18 de febrero de 1989 ocho décadas de una acuciosa memoria, incursiones en la poesía, la narrativa, el ensayo y la crítica. Algunos títulos: Corcel de fuego, 1948; Tobías, 1955; Las crónicas, 1961; Vietnam: Notas para un diario, 1969; Niños de Vietnam, 1970; Historia tan natural, 1971; Elogio de Marco Polo, 1974; De sueños y memorias, 1985. Rumbos elegidos: "Ir o volver, es lo mismo. / Estar quieto o caminar, / es igual: sólo hay un punto / cardinal" (Tarot de la poesía, 1976). Esta charla se llevó a cabo en la fecha mencionada, poco antes de celebrarse el homenaje nacional que se le diera en territorio cubano; otras conversaciones posteriores la complementaron. El autor revisó la transcripción en 1990, poco antes de su muerte. En estas líneas, Félix Pita Rodríguez se sumerge en una reminiscencia que no desconoce el gozo de la imagen. (Se han eliminado las preguntas para dar mayor fluidez a su exposición.)

Los inicios

Me gusta pensar que nací escritor. Cuando tenía ocho años, en Bejucal reunía a mis compañeros de la escuela pública y les contaba cuentos en el parque del pueblo. Cada uno me pagaba un centavo; yo estaba por vez primera cobrando mis derechos de autor. Recuerdo que siempre interrumpía la narra-

ción en el momento culminante, por ejemplo cuando el pirata levantaba el sable sobre la víctima, sin darles más información acerca de lo que iba a ocurrir, para que esos doce o catorce compañeros volvieran al día siguiente, impacientes por saber lo que iba a pasar, y me dieran otro centavo cada uno para continuar yo con el cuento. Estaba

creando historias basadas en mis lecturas de entonces, desde luego Salgari y sus piratas. Con esos elementos yo inventaba y cobraba además mis derechos de autor.

Hacia mis 16 años empiezo a escribir y me nace el deseo de ver impresos estos escritos. Mando unos poemas en prosa a Alejo Carpentier, que en ese

tiempo era jefe de redacción de una revista llamada *Carteles*, y aún no comenzaba a publicar. Conocí a Alejo al mismo tiempo que a Nicolás Guillén, por el año 1925; éste iniciaba su poesía popular. Los tres cultivamos una buena amistad a lo largo de los años. Cuando Alejo publicó mis poemas en prosa, ese hecho fue el “espaldarazo”: comencé a escribir con mayor asiduidad, con mayor interés.

La doble aventura

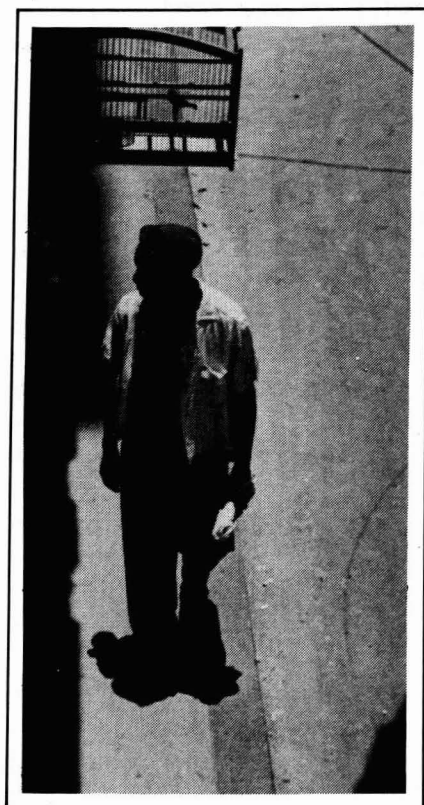
Por ese tiempo se reúnen los dos afanes que van a formar la base de mi vida. Uno es el de salir en busca de algo; otro, el deseo de escribir alguna vez algo que tuviera cierto valor. Había leído una frase de Valle-Inclán, que fue uno de mis grandes maestros: “Cuando yo era mozo, la gloria literaria y la aventurera me tentaban por igual”. Yo tenía un poco eso: quería ir siempre más allá, a otro lugar y poniendo el mar de por medio; al mismo tiempo deseaba escribir, sin el afán de sacar provecho de ello. Quería vivir. Uno de mis ídolos entonces era Marco Polo, de quien había leído biografías y su propio libro sobre las maravillas que supo ver. Todavía sigue siendo una figura muy admirada por mí, ese hombre que se lanzó por el mundo en busca de tierras desconocidas, de países ignotos; no hace mucho escribí el *Elogio de Marco Polo*, que es uno de mis libros preferidos. Ahí canto a la gloria de este gran curioso por la vida que quiso saberlo todo, verlo todo. Yo también tuve ese deseo, vivir y escribir lo que había vivido. A esa doble tensión, a esos dos caminos esenciales de mi vida los llamé la “doble aventura”.

Y siempre que pude me lancé a vagabundear, simplemente en plan –como dicen los argentinos– de “atorrante”. Hoy me doy cuenta de que lo que estaba haciendo era acumular vivencias. Yo no tenía realmente interés en escribir por el momento, lo que necesitaba era reunir materia viva.

Veracruz

Mi primer viaje “con el mar de por medio” fue a México, primero a la capital y luego me instalé a vivir en el puerto de Veracruz. Todas mis experiencias de

ese año que estuve en el puerto están registradas en *Aquiles Serdán 18*, un libro que apareció el año antepasado en Cuba. El título es exactamente el nombre de la calle y el número en que estaba una casa muy extraña que es la protagonista de ese texto. Era una mezcla de prostíbulo, cantina, billar, fábrica de jabones y mesón donde se alquilaban catres para vagabundos y borrachos. Todo en una sola casa. El propietario de ella, don Chucho, un asturiano usurero e increíblemente dotado para las cuestiones económicas, ve que yo le puedo cobrar menos que el antiguo encargado de la parte de la casa que era mesón; los clientes pagaban 25 centavos por pasar la noche en esos catres, y yo, a mis 17 años, me convierto en el encargado de cuidar una enorme gaveta donde los vagabundos dejaban su ropa. Mi sueldo era de un “tostón” (una moneda de 50 centavos); sólo yo tenía la llave de la gaveta y cuidaba que no se robaran entre sí sus mínimas pertenencias. Por lo demás, la casa estaba junto a la Catedral de la ciudad, de modo que el altar estaba a unos cuantos metros de la parte en que don Chucho había dispuesto una serie de barracas para las que cariñosamente llamaba sus “putitas”. En esa increíble experiencia, sin



saberlo, lo que yo estaba haciendo era un acopio de vivencias.

En esa temporada en Veracruz comienzan a pesarme las circunstancias y mi situación económica es crítica. Entonces me meto de polizón en un barco norteamericano y así regreso a Cuba. Publico algunos trabajos, pero al año siguiente me vuelvo a ir: no resisto la idea de perderme las cosas que están pasando en otros sitios.

Fui a Guatemala, sin papeles pasé la frontera con México y ahí tuve una serie de aventuras muy interesantes que, como todo lo anterior –y lo que vendría a continuación– estaban originadas por una sed de vida. Ahora me parece curioso que apenas hasta hace unos ocho o diez años se me ocurriera escribir *Aquiles Serdán 18*; hay muchas otras aventuras que jamás pensé registrar en un libro. Sólo el tiempo me hizo ver que esas experiencias, aunque nunca las viví con el afán de escribirlas, estaban dentro de mí y no las había dejado salir. Curiosamente, lo que prefiero de mis cuentos es lo que se ha convertido en un museo de aquel pasado remoto. Viví todo aquello, quizá es la única forma para luego poder decir “escribí”.

Europa, el surrealismo

Hubo un factor decisivo en mi vida literaria; haber vivido en París de 1929 a 1940 significó en primer lugar haber asistido al florecimiento del surrealismo. El movimiento estaba ya dividido en dos grupos, el de Breton, más teórico, y el de Aragon, revolucionario. Me afilié a este último. Mi posterior trabajo debe mucho a esa etapa: absorbí todo aquello y obtuve un amor por la belleza del estilo y una enseñanza sobre la liberación de las palabras. Para mí en ello radica la esencia del surrealismo, la más importante de las escuelas de pensamiento de este siglo: llegar a lo escondido de las palabras, no ceñirse a sus significaciones exclusivas sino ir hasta el fondo, a toda costa.

La guerra civil española

Pasé en Europa la tremenda década de los treinta, años del nazismo, del fascismo. Estaba en París cuando se produce el golpe fascista de Franco. De inmediato me pongo al servicio de la

causa republicana, que era la mía sin que yo lo supiera enteramente desde el primer momento. En 1937 se planea en Madrid un Congreso de Intelectuales Antifascistas. Llegan a París Nicolás Guillén y Juan Marinello –otro gran amigo– para formar una delegación de escritores cubanos para ese evento militante; a ella nos integramos Alejo Carpentier –que vivía entonces en la capital francesa– y yo. Asistí, pues, a ese Congreso, estuve en España durante la Guerra Civil, y esa experiencia se convirtió en uno de los pivotes de mi obra: el surrealismo me había madurado intelectualmente; la Guerra Civil lo hizo ideológicamente. Empecé a comprender para qué servía aquello a lo que yo había obedecido como a una orden misteriosa y secreta a lo largo de mi vida, es decir, el ansia por escribir.

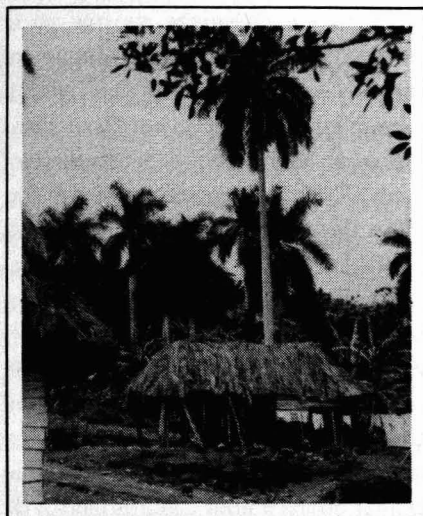
Bolchevique sin partido

Con todas estas enseñanzas regreso a Cuba en 1940, ya comenzada la Segunda Guerra Mundial. De inmediato me incorporo al periódico *Hoy*, órgano del Partido Comunista cubano. Jamás habría de abandonar esas filas, aunque debo agregar que nunca fui militante propiamente dicho. En España y Francia trabajé con los partidos comunistas de estos países, y lo mismo en Cuba, y jamás pertenecí al Partido. Recuerdo un libro de Diego Rivera en que se incluían hermosas reproducciones de sus trabajos; cuando conocí a Diego le llevé ese libro para que lo autografiara, y él escribió: “Para Félix Pita Rodríguez, bolchevique sin partido”. Se había enterado de que así me decían en La Habana. Yo era capaz de trabajar como 50 personas para servir al Partido, pero no quería nada de reuniones ni obligaciones. Eso no iba ni va conmigo: amo colaborar, no “grillar”. Yo soy un poco anarquista en ese sentido.

Algo después el Partido, en una etapa que hubo de mayor libertad en sus actividades, compra una emisora de radio y decide que yo debo incorporarme a ella para escribir programas. Yo nunca lo había hecho ni sabía nada de aquello, y en principio rehusé. Me insistieron: “Tienes que hacerlo”. Y aunque no era militante ni tenía por tanto obligación de obedecer, acepté. Y estuve 20 años

escribiendo para la radio y después para la televisión. (Aquí tengo que decir que no creo en eso de que “hace daño” a un escritor sumirse en el maremagnum del mundo radial y televisivo. Al contrario, creo que hace bien, afina el oficio.)

A mi regreso a Cuba conocí al que sería uno de mis más entrañables amigos, Onelio Jorge Cardoso. Él fue compañero de muchos años, fuimos muy cercanos hasta su muerte. En su terreno, la cuentística, Onelio supo meterse en la



vida del pueblo cubano –y sobre todo del campesino– y extraerle los zumos mejores para traducirlos en importante literatura. Lo admiro por haber encontrado el secreto escondido del hombre de campo cubano, su espíritu, su trayecto, sus preocupaciones y dudas, y por haberlo devuelto en su obra a aquellos de quienes lo obtuvo.

Mientras tanto se abrían y cerraban esos ciclos de siempre quererse ir más allá. En esa época no tardaron mucho en presentarse las ganas de irme, y viajé a Buenos Aires. Ya me había casado y estuve un par de años en esa ciudad. No me sentía a gusto, y al cabo de ese tiempo regresé a Cuba y a mi trabajo en la radio. Pasaron seis o siete años y de nuevo las ganas de poner el mar “de por medio”. Además la situación en Cuba era muy delicada y peligrosa en los cincuenta. De modo que decidí irme a Venezuela a trabajar, y me llevé a mi esposa y a mi hijo.

En Venezuela continué en el mundo de la radio y la televisión, y además cultivé firmes amistades: Arturo Usler Pietri, Carlos Eduardo Frías, Miguel

Otero Silva, a quienes había conocido en París durante la “época heroica”. Estuve trabajando en Caracas cerca de dos años. Cuando en Cuba comienza la gran aventura de la Sierra Maestra yo no creí que tuviera la menor posibilidad de triunfo, pensé que no tenía sentido, que era una gran locura. Una hermosísima locura, sí, pero una que no tenía salida. Y de pronto se triunfa de verdad y me doy cuenta de que no era una locura sino una realidad.

La Revolución

¿Qué cosa era un artista cubano antes de la Revolución sino un paria? En la isla no había editoriales, ni libros, ni movimiento cultural. Para que un escritor pudiera publicar un libro tenía que pagar a una imprenta. ¿Qué le quedaba en el remoto caso de que pudiera hacerlo? Regalar ejemplares a sus amigos –las ediciones nunca llegaban a los mil ejemplares–, quizá enviar otros a las cuatro o cinco personas que en los periódicos se ocupaban de crítica –o de lo que haya sido. ¿Y después? Se acabó la historia. Si un novelista milagrosamente lograba hacer todo esto, ¿le iban a quedar ganas de escribir otra novela? Era la inutilidad total: ¿para quién escribía?, ¿para qué escribir?

Todas las formas del arte iban decayendo. El teatro fue uno de los primeros en desaparecer por completo. ¿Qué iba a hacer un dramaturgo escribiendo obras que jamás se iban a representar? La novela y el cuento prácticamente se extinguieron. La poesía sencillamente jamás nació, no se llegó a producir nunca. Había un profundo desprecio por la cultura porque esa era la mentalidad de la burguesía cubana.

A partir de la Revolución todo eso da un vuelco tremendo: el escritor comienza a ser algo frente a la sociedad; el dramaturgo empieza a ver sus obras en escena, se echan a andar compañías de teatro. El arte llega a tomar cuerpo y a tener importancia. Cuando traje a mi familia de regreso, al triunfo de la Revolución (yo había querido regresar en cuanto supe desde Venezuela las felices noticias, pero aún tuve que esperar un corto tiempo para reunir fondos y terminar asuntos a toda velocidad), certi-

fico una situación muy distinta a la que conocía. Descubro que escribir una novela o unos cuentos es posible, y que incluso escribir poesía es un privilegio. Entonces experimento una revelación: siento que cobran sentido las numerosas vivencias que he acumulado, y empiezo a traducirlas en obra al mismo tiempo que entro de lleno en el mundo de la Revolución.

El punto cardinal

Entonces me dije: "Ya sé lo que quiero. Ya sé para lo que sirve aquello que yo quiero. Ya comprendo la significación que tiene el ser escritor". Desde adolescente siempre tuve interés por las cuestiones sociales, aunque nada sabía de política. Hay un poema que escribí en 1928 y que me ha sorprendido al redescubrirlo hace muy poco. Se trata de un saludo al pueblo soviético en el décimo aniversario de la Revolución de octubre. Me causa sorpresa descubrir que desde entonces yo tenía un marcado interés por los movimientos sociales que buscan para el hombre una vida mejor. De modo que cuando llegué al triunfo de la Revolución, me encontré con lo que había soñado durante tantos años: una lucha por mejorar la condición humana, por ennoblecer al hombre como ser social. Escribí entonces un poemario, *Las crónicas*, que era un reflejo vívido de lo que estaba sucediendo a mi alrededor, de algo que jamás creí que fuera posible. Me puse al servicio de lo que veía, y ese libro tuvo resonancia porque fue el primero que se publicó —era 1961— como canto a la Revolución. Ahí fue cuando me di cuenta de que tenía la obligación intelectual y moral de poner todo aquello que era capaz de dar, al servicio de una ideología que buscaba el mejoramiento de la sociedad y del ser humano, el fin de las injusticias y, en fin, todos esos sueños que uno tiene cuando de verdad lo posee el espíritu revolucionario, que además es la única verdad. Entre otras cosas a esto me refería en un verso: "sólo hay un punto cardinal".

El fondo de las cosas

Fidel dijo una vez que estamos haciendo una revolución más grande que nosotros mismos. Es cierto. Los cubanos

tenemos una tarea muy grande y extraordinaria, porque estamos movilizándolo a un pueblo que estaba totalmente abatido, que no tenía intereses y no sabía ver determinadas cosas. Fidel nos enseñó a ver el fondo de las cosas, nos enseñó que tenemos que preocuparnos por levantar este pueblo hasta lo más alto, y que debemos en ello invertir lo mejor de nosotros mismos. Nadie ignora la fuerza que tiene lo ideológico en la literatura: si sabemos dar una novela que nos ofrezca a la Revolución cubana en su esencia, en su espíritu, y si además sabemos construirla con una alta calidad —realmente alta—, estaremos haciendo la mejor obra porque eso implicará desentrañar el zumo de las cosas. La poesía puede ayudarnos, si sabemos oírla.

Nos queda todavía mucho por hacer, pero nadie se atrevería a negar que hemos ya realizado bastante como pueblo en revolución, que hemos sabido sortear los peligros. Fervientemente creo que si seguimos por ese camino y somos capaces de traducir lo que vemos a nuestro alrededor y convertirlo en obra profunda, en obra de trascendencia artística,

estaremos realmente cumpliendo con nuestra obligación moral como escritores. De eso estoy convencido.

Notas para un diario

Trabajé de esa manera los primeros años de la Revolución. Viene entonces la guerra de Vietnam, me interesa enormemente lo que está pasando allá, logro ser enviado y vivo aquello unos meses. Estuve en el norte del país, conocí al pueblo vietnamita y su lucha. Descubrí entonces que eran las mismas raíces que yo había conocido en la Guerra Civil española: un pueblo pobre, desarmado e indefenso se opone a la brutalidad y la injusticia, buscando la libertad. Esas dos etapas de mi vida las convierto en una sola: es el pivote de mi vida y de mi obra.

Hice un prolongado trabajo de campo unido a la lucha del pueblo vietnamita, a quien admiro por haber logrado el increíble milagro de vencer al mayor de los imperialismos —como lo vencieron. De regreso en Cuba publiqué dos libros, *Vietnam: Notas para un diario*, y uno que se encuentra entre mis favoritos: *Niños de Vietnam*, en que registro episodios



que muestran el heroísmo y la grandeza de esos pequeños que luchaban a la par que los mayores, con igual –y a veces mayor– entrega y decisión.

Mi vida literaria y mi vida como hombre quedan así marcadas por España y por Vietnam: en ambos conflictos aprendí todo lo que sé, que no será mucho pero que lo aprendí así, con el corazón. Por ejemplo, aprendí a ser un hombre dispuesto a servir. Me interesa profundamente que mi obra sirva, que tenga una función de servicio a todos los niveles. Esos dos momentos capitales me hacen mucho más consciente de la función del escritor. El gran padre de Vietnam, Ho Chi Minh, a quien tuve el privilegio de conocer, era la personificación misma de la humanidad. Él me enseñó que la vanidad no tiene sentido. Fue algo fundamental en mi vida y puedo traducirlo en esto: jamás toleraré de nadie la vanidad.

Las dos vertientes

He tenido amplias lecturas y grandes amigos escritores, pero si tuviera que señalar alguna influencia sólo podría reconocer la de los surrealistas: Aragon, Éluard... Ellos me enseñaron a liberar el lenguaje, a utilizarlo en un sentido profundo, oculto, a ir hacia lo que está debajo. El vértigo del surrealismo es precisamente eso. Creo que la poesía que busca el secreto no puede ser únicamente la que tiene una función social. Por eso en mi obra hay siempre dos vertientes: la de la militancia que busca una mejoría para el hombre en lo colectivo, y al mismo tiempo la de una poesía lírica, intimista, que busca en lo individual, en lo muy personal. Desde el día en que empecé a escribir hasta hoy, esas vertientes se mantienen fuertemente unidas. De modo que hay una liga de fondo entre libros como *Las crónicas*, el canto a la hazaña de la Revolución, y otros como *Corcel de fuego*, que contienen poemas íntimos, escondidos. Y ambas vertientes las asumo con la misma exigencia.

Hay grandes casos en la poesía cubana, Lezama, Guillén, a los que admiro profundamente pero que no puedo llamar influencias en mi trabajo. Lezama buscaba también la parte secreta de la poesía, si bien en una forma que para

mí no es válida; no obstante, lo reconozco como un gran escritor. Guillén cubrió una función importante en la poesía cubana al acercarla al pueblo y al tomar de él su esencia para traducirla en poema. No es la de Guillén tampoco la poesía que me enamora, pero comprendo la importancia enorme que tiene para el servicio de su pueblo. A ambos los admiro por el rigor de su obra y por haber ido a las raíces (como lo hizo Carpentier en la extraordinaria novelística que produjo y a cuyo servicio puso su gran erudición y su magnífico conocimiento idiomático).

Es algo en lo que insisto con los jóvenes que me visitan para mostrarme sus trabajos. Estoy más de acuerdo con lo que pasa en la generalidad de los nuevos narradores cubanos, que en la de los jóvenes poetas. Hay un cierto abuso en esa poesía coloquial siempre igual a sí misma y que en realidad trata de alejarse de la poesía. Estos autores no quieren que se les note un intimismo y malinterpretan las dos vertientes de que he hablado. Yo les prevengo a estos poetas: “Vayan a buscar el fondo de sí mismos, canten a lo que tienen por dentro. Si lo que llevan en lo escondido es el amor, canten al amor entonces, pero no con jeroglíficos ni con charadas. Canten con versos. Vayan a las raíces, a la gran poesía clásica e hispanoamericana, aprendan de su rigor, de su forma de mirar. Visiten la raíz de nuestro idioma. La poesía coloquial a veces se vuelve tan ajena que ya no se la descubre, y la poesía es descubrimiento”.

Las dos vertientes son descubrimiento, y la una no es “más fácil” que la otra. Yo soy un francotirador en este caso. Considero la poesía como una forma de mirar el mundo. Lo digo en algún poema:

La poesía es un silencio
que alguien de oreja muy fina
escuchó.

Es necesario ir a buscar ese silencio que es la poesía, “con oreja muy fina”, descubrirla, sacarla y ponerla sobre la mesa. De ahí mi interés por los surrealistas: lo que ellos buscaban era eso que está debajo de las superficies, lo que es

tá del otro lado de la vida y del mundo. Estamos en un mundo mágico. El poeta busca la parte escondida de ese sector de la vida profunda de cada uno que es la poesía.

Las hermosas locuras

He tenido una vida de sueños realizados, de hermosas locuras que se convirtieron en realidad. Recuerdo un verso de Apollinaire: “Viví como un loco y perdí mi tiempo”. Yo solía repetir ese verso cuando joven, y no era verdad: ni viví como un loco ni perdí el tiempo. Viví como un hombre, absorbí todo lo que pude de la vida, y felizmente para mí no me convertí en algo podrido o destinado a pudrirse (quizá una prueba de que no me contaminé está en esos jóvenes que me visitan para mostrarme sus trabajos). La vida me enseñó a madurar sin descomposiciones.

He amado los viajes y viajé mucho (además de los que he mencionado están otros recorridos por los países socialistas y por China), siempre regresando a La Habana y continuando con esa labor que nunca termina, y que considero fundamental para el escritor: presenciar su propia maduración interior, ver cómo funciona eso por dentro y cómo aplicarlo a la vida, revertir a la vida eso que nos da. Así lo hice y lo seguiré haciendo hasta el fin de mis días.

Cumplir ochenta años es algo tremendo. No obstante y sin pedantería alguna, puedo decir que estoy en el mejor momento de mi obra. Pese a que se dice que la edad desgasta y deteriora a un escritor, a mí no me ha hecho mella. No creo en la esclerosis. Pienso aprovechar este momento hasta el final. Acumulo numerosos planes y espero que la vida me dé tiempo de realizarlos. Por ejemplo, nunca he escrito una novela y quisiera hacerlo. Ya la entreveo: un texto profundamente cubano donde lo lírico esté tan presente como lo narrativo, donde la prosa sea poética y donde los personajes tengan esa doble vertiente: lo social y lo individual, personajes que descubran el amor y no lo malinterpretan, que nos digan con palabras hermosas que la vida puede ser digna de vivirse, que estamos haciendo cosas que antes no se hacían, que estamos realmente descubriendo la vida. ◇